

Los raros

¿Qué nos enseñan a leer los medios?

Rosa Beltrán

A los que tienen un deseo insatisfecho, Dios les reservó un programa de televisión. Este programa es *El Show de Cristina*. La conductora, transformada en hada madrina de los hispanos radicados en el país de los sueños (o cuando menos de uno, el sueño americano), hará cualquier cosa por complacer el deseo de sus televidentes. Una mujer de edad indefinible pero con un sobrepeso bastante bien definido, tímida aunque ajada, modosa pero nerviosa, salida de unos cuarenta y tantos infiernos, ha pedido por escrito su deseo: quiere una ovación cerrada. Que le aplaudan durante cinco minutos seguidos, sólo eso. La anfitriona ha preparado un estadio en Miami, con reflectores especiales y con quince mil voluntarios que a una señal comenzarán a aplaudir sin detenerse durante cinco minutos. Los reflectores se encienden, María Evelina Cardoso sale enfundada en un vestido de lentejuelas rojas, gorda y brillante, como una foca bordada, muy maquillada, muy peinada de chongo, y de pronto, irrumpe triunfal, es decir, sale como puede a escena, mira a Cristina, ve la señal, el público empieza a aplaudir y ella agradece, humilde, con las manos cruzadas en el pecho, como ha visto hacer a otros, después levantando un brazo en señal de victoria, finalmente inclinando la frente, presa de un llanto irrefrenable que le arruina el maquillaje, que le impide moverse, que le impide hacer nada, hasta que transcurridos los cinco minutos alguien viene por ella y se la lleva. La conductora reaparece, visiblemente conmovida. Qué hermoso es conceder un sueño. Sonríe satisfecha antes de irse a comerciales, presenciar el sueño de otro es volverse protagonista, es formar parte de él. El show ha cumplido su misión. No los quince minutos de fama que auguró Warhol; no alcanzan ya, la ley de

Malthus rebasó nuestras expectativas. Pero cinco minutos de gloria pueden ser, son, fueron aquí, como cinco vidas bien aprovechadas. Culmina así una emisión más de *El Show de Cristina*: un gran salto para un hombre y un pequeño paso para la humanidad.

Asombrada, apago el aparato. No sé qué hacer, qué ha ocurrido aquí. En apariencia todo lo que he visto es auténtico. O casi. Vamos a ver, pienso. La gente que aplaude en el estadio es auténtica, la emoción de la invitada y la de su anfitriona también, la emoción del público, el aplauso incluso. Sólo que a uno le aplauden por algo. Un aplauso es un símbolo y aquello que el aplauso representa es lo que no está aquí. En cierta forma, se trata de un aplauso vacío.

La emisión de este “show” me parece muy significativa, un emblema del mundo en que vivimos. Un mundo que privilegia la forma por encima del contenido o, mejor: un mundo donde el contenido ha sido sustraído en favor de la forma. Un tiempo que hace de la superficie de las cosas el contenido. Y que obliga al arte a expresar este hecho de un único modo posible: hablando de la superficie desde la superficie.

Cualquier otra elección estética perderá el rumbo o dará cuenta parcial de esta nueva sensibilidad. Lo mismo sucederá con una interpretación que intente ahondar en las posibles causas del aplauso de Evelina. Quien se diga al ver el programa: “le aplauden por compasión, porque es vieja y fea” o “le aplauden por todo lo que debe haber sufrido en su vida” o “porque, bueno, algo meritorio debe de haber hecho”, perderá la pista. No hay razón alguna detrás del aplauso y ese es el sentido. Es ahí donde radica la novedad. Ver televisión puede o no ser algo frívolo. Pero ahondar en el significado de una escena como esta, en cambio, no es algo fútil. Todo lo contrario: nos lleva a una reflexión sobre los modos en que los medios electrónicos y la cultura de masas han cambiado nuestra forma de leer y de representar el mundo. Y esta es mi primera intención: abordar el tema de la globalización como un fenómeno social cuyas causas económicas y políticas me interesan menos que las formas de representación del mundo que origina. Es decir: se han escrito múltiples obras en torno a la globalización desde el punto de vista económico, político y so-



Cristina Saralegui

cial. Los estudios culturales han combinado todos estos saberes para dar cuenta de los estragos y las ganancias que trae como resultado el vivir en un mundo global. A mí me intriga, en cambio, una escena como la de este programa de televisión. Por muchas razones. La primera de ellas: su forma de ser narrada y la lectura que nos obliga a hacer, pese a su gran ambigüedad narrativa. La segunda, y más importante: de qué modo es representativa del mundo actual. Pensemos de nuevo en la escena completa: Evelina pidiendo por escrito un aplauso, la anfitriona y el estadio dispuestos, Evelina recibiendo el aplauso, haciendo la mímica de quien lo recibe, el público y los participantes llorando, emocionados, la causa del aplauso, inédita. Llamemos a esto “el relato sin historia”.

Digamos, con Beatriz Sarlo, que las imágenes de la publicidad y la televisión, los videojuegos y ciertas películas de clasificación B son un infinito periódico. Que en cada cambio de canal o de programa termina un ciclo y recomienza otro básicamente igual pero con variantes. Y que esas imágenes que se presentan unidas en una trama sin historia pese a ello o por ello nos atrapan. Hipnotizan. Nos mantienen a la espera de algo que sabremos que no vendrá, pero que no nos importa que no llegue. Porque lo familiar de las imágenes de estos medios nos crea la sensación de “estar en casa”, en la casa mental donde habitan tramas parecidas. No hay que esperar a desconocidos: con los parientes visuales y auditivos conocidos nos basta para sentirnos cómodos. Pero digamos también que ciertas conversaciones, que la mayoría de las conversaciones que escuchamos en restaurantes y bares, en los centros comerciales y aeropuertos, en el autobús y el metro, en las reuniones sociales, antes, en el intermedio y a la salida de los espectáculos, dentro de nuestras casas y en la calle son también un infinito periódico. Repeticiones de algo oído o visto, comentarios de algo que otro comentó. Lugares comunes. Y hablar así con el grupo social de nuestra preferencia nos da la sensación de pertenecer. Nos reconforta. Nos hace corroborar que aquella casa mental habitada por imágenes verbales y visuales conocidas sigue teniendo la misma disposición: está amueblada de la misma

forma. Muchas de las “conversaciones” que sostenemos con los parientes y amigos, con las relaciones de muchos años y las hechas apenas ayer se apoyan más en la mímica (gestual y verbal) que en los contenidos. Repeticiones de frases y formas; de ideas aprobadas o reprobadas de modo consensual. Experiencias gestuales que esperamos y que otros esperan de nosotros.

En buena medida, el cine y la televisión nos enseñaron a conversar de este modo. El cine nos enfrentó a una manera de hablar de las emociones por medio de gestos, a través de la experiencia directa del lenguaje de los rostros y los ademanes corporales. Las series B de televisión, los anuncios comerciales y los videoclips nos confirman cómo “conversar” a través de la incorporación de esos ademanes y de frases hechas que en la mayoría de los casos son traducciones de un idioma en que se expresa la forma casi universal de soñar. Dormimos en camas separadas compartiendo un sueño común: el sueño americano. Un sueño tan conocido que no necesitamos contextualizar. La experiencia única e irrepetible ha sido escamoteada en favor de este “paquete” verbal o gestual conocido.

El sueño de Evelina Cardoso, la mujer que quiso recibir un aplauso, es, más que una historia, la representación de una trama sin historia. Una mímica. Un carnaval de significantes donde, al no haber una razón para que Evelina Cardoso reciba un aplauso, el sentido del acto se vacía. Pero hay más. Lo que hay es un vaciamiento en la narración, aunque se prometa una historia. En realidad, igual que con los videoclips o los mensajes publicitarios, tener una historia o no es lo que menos importa: el cumplimiento de la historia deja indiferente al espectador porque no es eso lo que espera. El público asistente no aplaude porque haya una causa, ni espera que esta se revele en el desenlace. Aplauda para producir un desenlace. Como si se tratara de un efecto pavloviano: el aplauso es la respuesta al estímulo. Y el episodio, además de emocionar a la anfitriona, a los participantes y al espectador, sólo demuestra que se puede tener un sistema narrativo sin tener historia, y sin que lo que ocurra a nivel de la trama tenga sentido. Un aplauso para qué. Si a uno le aplauden por algo y ese

algo es lo que falta aquí entonces qué es lo que tenemos frente a nosotros. Un significante sin un referente, sin un contenido. Un puro vacío que puede ser llenado con cualquier contenido que queramos adjudicarle. ¿Por qué le aplauden a esa mujer? La realidad es que no sabemos por qué le aplauden. Y los que aplaudieron tampoco lo saben. Muy probablemente no lo sepa ni ella misma.

En programas como este, lo que hay es acción sin narración. Lo mismo que en el sueño de quienes como Evelina Cardoso han convertido el sentido de sus vidas en un eslógan. El discurso de la moral del éxito (que se aplica a cualquier ámbito: económico, religioso, político, etcétera) produce una trama no narrativa. “Cómo hacerse rico sin dejar de ganar el salario mínimo”, “Cómo llegar a Dios sin abandonar el pecado”, “Cómo envejecer sin dejar de ser jóvenes por siempre”. Este sueño aspira a la reproducción de una sensación que depende de un cierto performance, pero no de una serie de acontecimientos ordenados en progresión, mucho menos incidentes inscritos en una lógica. En el caso del episodio televisivo no se necesita recordar el programa anterior para pasar al siguiente. Más aun: si el espectador se detuviera a recordar, quedaría desfasado del propósito de cada programa: la improvisación del deseo (en el caso de la invitada), la experimentación de la sorpresa (en el del espectador). En el episodio del sueño de Evelina —el sueño de la posmodernidad, el aplauso— no se necesita reflexionar sobre el sentido o la viabilidad o inviabilidad del deseo, es decir: no se necesita el análisis o la memoria. Lo que sí existe y es necesario en cada uno de estos programas y presumiblemente en cada uno de los episodios de las vidas de personas que, como Evelina, tienen sueños y están dispuestos a vivirlos en un programa de televisión, es un tema. Un tema sin narración. El éxito. En un mundo donde casi cualquier manifestación mediática y comercial tiene el formato de la autoayuda, triunfar se constituye en una suerte de mantra. Y triunfar es ser parte de la trama. **U**

Este texto, en una versión modificada, forma parte de *Cultura posmoderna*, próxima reimpresión de ensayos sobre literatura y cultura literaria en la era digital.